

SUBSIDIO
SUBSIDIO
SUBSIDIO
SUBSIDIO



ADVIENTO



PASTORAL JUVENIL
ARQUIDIOCESIS DE YUCATÁN



INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN

ELABORADO POR:

PBRO. REMIGIO MONTERO

Un saludo de paz, en esta ocasión ponemos entre tus manos un recorrido que te puede ayudar a preparar la celebración anual del nacimiento de Jesucristo, y de la misma forma abrir el corazón para contemplar nuestra Esperanza anhelando su segunda venida, poniendo los ojos en lo eterno y viviendo con entereza la nuestra finitud, caminando todos los días hacia la pascua eterna.

Este camino nos lleva a cuatro estaciones: La esperanza nos mueve a ver nuestra realidad, La purificación del perdón nos lleva a la paz, La alegría de María madre de la esperanza, y El amor en el silencio de los que esperan. Éstas son iluminadas por cuatro personajes del Adviento: Profetas, María, José y Juan el Bautista. A su vez estas estaciones ofrecen cuatro herramientas que podrás poner en práctica, y esperar activamente la promesa cumplida de Cristo.

El contenido puede ser realizado en el orden de tu preferencia, se ha pensado para poder acudir a él en cualquier momento "evergreen". Esperando que este material pueda ayudarte a una mejor vivencia espiritual, que la Esperanza fortalezca tu vida, tu familia y tu comunidad juvenil. La paz contigo.



ESTACIÓN 1

LA ESPERANZA NOS MUEVE A VER NUESTRA REALIDAD

La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo". En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: De la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda, etc. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad.

Este primer domingo de adviento nos hace poner la mirada en el mensaje profético, que manifiestan el reinado de Dios como un mensaje futuro, sin embargo, se camina en la certeza de una única verdad, es una promesa cumplida. No podemos recorrer el camino de la reflexión sobre el adviento sin tocar temas que nos ayuden a valorar nuestra realidad, y dar razones de nuestra esperanza: la vida eterna, la Resurrección, la vida después de la muerte, y la felicidad. Aspiraciones verdaderas que nos hacen vivir nuestro día con entereza, y al mismo tiempo nos provocan anhelar lo que vendrá en plenitud.

"Creo en la vida eterna": así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una base fundamental. La esperanza, en efecto, "es la virtud teologal por la que aspiramos a la vida eterna como felicidad nuestra". Cuando faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas, abandono, crimen, guerras, etc. Lo que hoy con frecuencia sucede. Los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación, falta de esperanza. Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, miran-





do al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros, no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Jesús muerto y resucitado es el centro de nuestra fe. San Pablo, al enunciar en pocas palabras este contenido utiliza sólo cuatro verbos, nos transmite el "núcleo" de nuestra esperanza: Cristo murió, fue sepultado, resucitó, se apareció. Por nosotros atravesó el drama de la muerte. El amor del Padre lo resucitó con la fuerza del Espíritu, haciendo de su humanidad la primicia de la eternidad para nuestra salvación. La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: Ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, "la vida no termina, sino que se transforma" para siempre. En el Bautismo, en efecto, sepultados con Cristo, recibimos en Él resucitado el don de una vida nueva, que derriba el muro de la muerte, haciendo de ella un pasaje hacia la eternidad, abriendo así el ciclo del tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Esta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (Rm 6,22).

¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. Lo que ahora vivimos en la esperanza, después lo veremos en la realidad. San Agustín escribía al respecto: "Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, nada será para mí dolor ni pena. Será verdadera vida mi vida, llena de Ti". ¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices. La felicidad es la vocación del ser humano, una meta que atañe a todos. Pero, ¿qué es la felicidad? ¿Qué felicidad esperamos y deseamos? No se trata de una alegría pasajera, de una satisfacción efímera que, una vez alcanzada, sigue pidiendo siempre más, en una espiral de avidez donde el espíritu humano nunca está satisfecho, sino que más bien siempre está más vacío. Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en aquello que nos plenifica, es decir, en el amor, para poder exclamar, ya desde ahora: Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás.

Con lo anterior ponemos la mirada de esperanza en lo que vendrá plenamente, pero no podemos descuidar lo que hoy tenemos y debemos cuidar, la Esperanza se anhela y se vive. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: "Ven, Señor Jesús!" (Ap 22,20).

Practica la esperanza: En estos días puedes hacer un examen de conciencia todas las noches repasando los eventos más significativos del día y preguntarte ¿cuáles son las semillas de esperanza que encuentro? ¿Mis actitudes transmiten esperanza?



ESTACIÓN 2

LA PURIFICACIÓN DEL PERDÓN NOS LLEVA A LA PAZ

En la plenitud de los tiempos, cuando la Palabra de Dios, el Hijo del Padre, se hizo humano como nosotros y recibió el nombre santo de Jesús, "Dios salva", hace su aparición Juan el Bautista. Algunos lo han recreado como un hombre del desierto, con sus vestiduras y su modo de vivir extraños, con una voz que clamaba, gritaba, con la autoridad del mismo Espíritu de Isaías y de los demás profetas. Era el Bautista; es decir "el que sumergía en el agua". El baño ritual de purificación previo a las grandes fiestas y a la celebración del día del Señor, era algo familiar para los oyentes de Juan. Y él necesitaba un signo práctico que afirmara el proceso de conversión de aquellos que aceptaban su invitación, su mandato, a la conversión movidos por la cercanía del Reino.

El baño en el río Jordán era la expresión del deseo de renunciar a una vida pasada y de iniciar una nueva vida, digna del Reino que ya estaba allí. Por lo tanto, el adviento también puede ser un momento de conversión-purificación, y ayudarnos a construir un mundo de paz de la mano del sacramento de la reconciliación.

El sacramento de la Reconciliación nos asegura que Dios quita nuestros pecados. Resuenan con su carga de consuelo las palabras del Salmo: "Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura. El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; no nos trata según nuestros pecados, ni nos paga conforme a nuestras culpas.

La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino esperanza y de paz que el mundo necesita. En ella permitimos que Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay



mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él, experimentando su perdón. Por eso, no renunciemos a la Confesión, sino redescubramos la belleza del sacramento de la sanación y la alegría, la belleza del perdón de los pecados. Para ser constructores de Paz tenemos que ser perdonados. Nuestro pecado afecta a la comunidad, propaga el mal y dificulta la vivencia de la comunión.

hay que seguir el camino de reconciliación que nos llama a encontrar en lo más profundo de nuestros corazones la fuerza del perdón y la capacidad de reconocernos como hermanos y hermanas. "Aprender a vivir en el perdón aumenta nuestra capacidad de convertirnos en mujeres y hombres de paz". Perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.

Practica la paz: Redescubre en estos días la práctica sacramental de la reconciliación que nos lleva a la paz, realiza un examen de conciencia para acudir al sacramento de la reconciliación.





ESTACIÓN 3

LA ALEGRÍA DE MARÍA MADRE DE LA ESPERANZA

La esperanza encuentra en la Madre de Dios su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: "Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón" (Lc 2,34-35).

El Adviento también nos permite mirar a María como ejemplo de esperanza cumplida, aquella que vió la promesa de Dios en su vida misma. Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su "sí", sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de lo que había dicho su Hijo, anunciando que "debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días" (Mc 8,31), y en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se convertía en nuestra Madre, Madre de la esperanza.

No es casual que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como Stella maris, un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los acontecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando.

Esperando sostenidos, con la ayuda del Espíritu Santo. El ángel, para explicar a María cómo concebirá a Jesús, le dice: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra". En la tierra de María, soleada, una nube pasajera, un árbol que resiste a la sequía y ofrece cobijo, una tienda hospitalaria brindan alivio y protección. Nosotros podemos ser esas sombras que dan cobijo, que repara, una amistad que consuela, para



las personas solas y necesitadas. Pensemos en todos, pensemos en los marginados, en los que están lejos de la alegría, en los que sufren, en los abandonados, seamos sombras de la bondad de Dios.

La sombra es un don que restaura, “y el ángel describe precisamente así el modo en el que el Espíritu desciende sobre María, el modo de hacer de Dios: actúa como un amor gentil que abraza, fecunda y custodia, sin hacer violencia, sin herir la libertad”. Seamos sombras de Dios.

Practica la alegría de María que lleva a la paz: Durante estos días tómate un tiempo para meditar el rosario con pausas profundas que te ayuden a descubrir la paz que el Espíritu Santo nos regala.





ESTACIÓN 4

EL AMOR EN EL SILENCIO DE LOS QUE ESPERAN

El silencio como virtud espiritual nos ayuda a la esperanza activa, en las sagradas escrituras hay una persona que destaca como maestro de esta virtud, José. Él tenía un corazón que escuchaba. Un corazón atento a la voz de Dios. Un corazón que, dormido o despierto, estaba dispuesto a recibir para luego dar, salir, acoger y hacer vida la voluntad de Dios.

El Adviento es un tiempo de preparación para recibir al Señor que viene. Toda nuestra vida puede ser vivida "en estado de Adviento". En ese estado de preparación para recibir al Señor. Así vivió San José, preparándose y dejándose preparar por el Espíritu Santo para que lo que el Padre había preparado para él encontrara un corazón fértil y en total disponibilidad. El silencio es una virtud espiritual para poder escuchar la voz de Dios, hoy tú y yo la podemos practicar meditando las sagradas escrituras, volver a los textos sagrados donde se encuentra la voz de Dios.

Volvamos a la Sagrada Escritura y sintamos dirigidas a nosotros estas palabras: "Nosotros, los que acudimos a él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor" (Hb 6,18-20). Es una invitación fuerte a no perder nunca la esperanza que nos ha sido dada, a abrazarla encontrando refugio en Dios.

La imagen del ancla es sugestiva para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús, aun en medio de las aguas agitadas de la vida. Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y





nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo. Esperanza que brota de una lectura meditada de la Palabra de Dios, es momento de volver a los textos sagrados, practicar la lectura divina, formar comunidades que deseen meditar con las Sagradas Escrituras y caminar bajo la luz que ofrece, como lo hizo san José.

Las palabras de la Sagrada Escritura no han sido escritas para quedarse atrapadas en el papel, sino para ser acogidas por una persona que reza, haciéndolas brotar en su corazón. La palabra de Dios va al corazón. El Catecismo afirma: "A la lectura de la sagrada Escritura debe acompañar la oración, la Biblia no puede ser leída como una novela, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre" (n. 2653). Así te lleva la oración, porque es un diálogo con Dios. Ese versículo de la Biblia ha sido escrito también para mí, hace siglos, para traerme una palabra de Dios. Ha sido escrito para cada uno de nosotros. A todos los creyentes les sucede esta experiencia: una pasaje de la Escritura, escuchado ya muchas veces, un día de repente me habla e ilumina una situación que estoy viviendo. Pero es necesario que yo, ese día, esté ahí, en la cita con esa Palabra, esté ahí, escuchando la Palabra. Todos los días Dios pasa y lanza una semilla en el terreno de nuestra vida. No sabemos si hoy encontrará suelo árido, zarzas, o tierra buena, que hará crecer esa semilla (cf. Mc 4,3-9). Depende de nosotros, de nuestra oración, del corazón abierto con el que nos acercamos a las Escrituras para que se conviertan para nosotros en Palabra viviente de Dios. Dios pasa, continuamente, a través de la Escritura. Decía san Agustín: "Tengo temor del Señor cuando pasa". ¿Por qué temor? Que yo no le escuche, que no me dé cuenta de que es el Señor.

A través de la oración silenciosa o meditación, sucede como una nueva encarnación del Verbo. Y somos nosotros los "tabernáculos" donde las palabras de Dios quieren ser acogidas y custodiadas, para poder visitar el mundo. Por eso es necesario acercarse a la Biblia sin segundas intenciones, sin instrumentalizarla. El creyente no busca en las Sagradas Escrituras el apoyo para la propia visión filosófica o moral, sino porque espera en un encuentro; sabe que estas, estas palabras, han sido escritas en el Espíritu Santo y que por tanto en ese mismo Espíritu deben ser acogidas, ser comprendidas, para que el encuentro se realice.

Practica el silencio meditando las Sagradas Escrituras: Reúnete con algunos amigos para escuchar la voluntad de Dios desde el silencio por medio de las Sagradas Escrituras, puede ser una maravillosa oportunidad para hacer la lectio divina.

CONCLUSIÓN

CONCLUSIÓN

CONCLUSIÓN

CONCLUSIÓN

CONCLUSIÓN

CONCLUSIÓN

Estas cuatro herramientas pueden implementarse para una mejor vivencia del Adviento caracterizado por la esperanza que no declina, la esperanza en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria, tanto en la Iglesia como en la sociedad, en los vínculos interpersonales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación.

Que el testimonio creyente en nuestra comunidad sea levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. 2 P 3,13), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor.

Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: “Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor” (Sal 27,14). Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la alabanza y la gloria ahora y por los siglos futuros.

